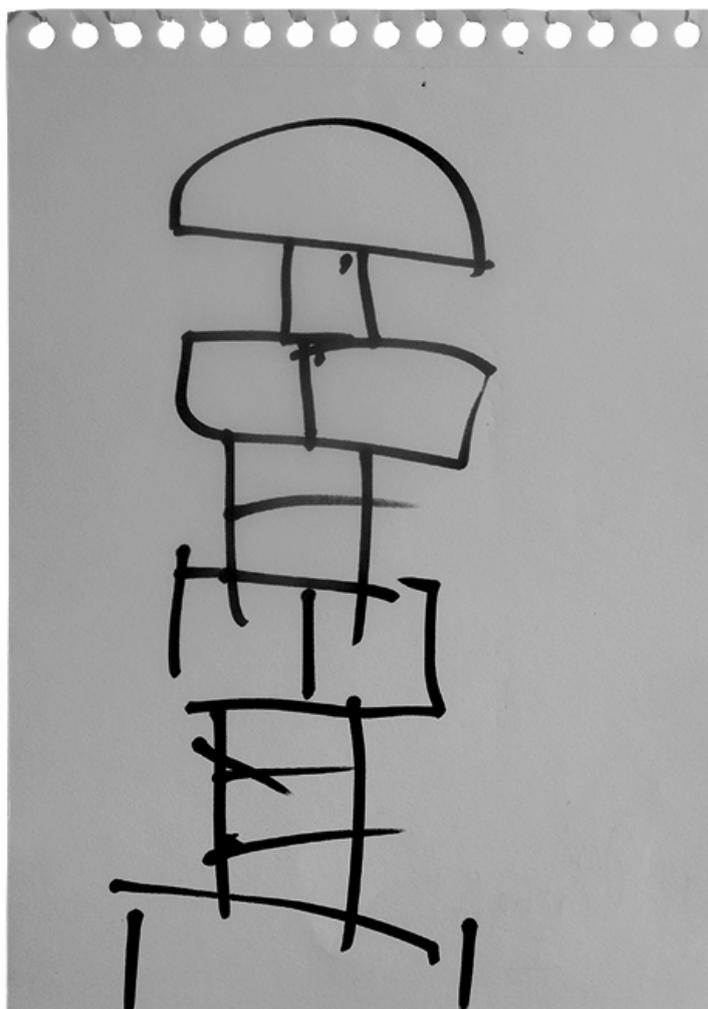


Juguemos rayuela

Hernán Lara Zavala

Si acaso es cierto que en el interior de todo hombre habita un niño, Julio Cortázar llevaba dentro de sí, en principio, a un niño abandonado por su padre pero también a un niño sensible, inquieto y travieso “con demasiada infancia en la cara” y con la necesidad de jugar y soñar. Tal vez fue la orfandad la que llenó su imaginación de juegos, ceremonias, sortilegios y prestidigitaciones. Pobló su literatura de niños y jóvenes —varones o jovencitas— que pasan la vida como se vive en ese extraño país denominado “el pasado”. Con los dos pies en la Tierra lanza la teja o el guijarro: la casilla 1 corresponde a un departamento en la calle Suipacha infestado de conejitos que acaban con el excesivo orden y que han roído libros y destruido muebles; la casilla 2 corresponde a una casa vieja, grandísima, rodeada de un bosque de sauces en la que habita un tigre y en donde siempre está vedado entrar a alguna de las habitaciones; la casilla 3 es un cuarto de hospital donde un joven llamado Pablo, todavía apodado “el Nene” por su madre, se tiene que bajar el pantalón ante Cora, la enfermera de la que está enamorado, previo a una operación del apéndice. En la casilla 4 se encuentran tres niñas, Holanda, Leticia y la narradora, en una de las curvas sobre la vía del tren, con una caja de ornamentos que usan para jugar y disfrazarse y hacer estatuas o adoptar “actitudes” cuando pasa el ferrocarril y en la 5 aparece una cabaña en medio de un bosque de robles donde, en un sillón de terciopelo verde de espaldas a la puerta, un hombre lee una novela policiaca. La casilla 6 es para la mujer que logra trocar su identidad mediante el abrazo que le da a una extraña en un puente y que la remite a otra realidad; en la 7 un joven llamado Luc se encuentra con un hombre que cree descubrir, en la condición del adolescente, el secreto de la inmortalidad; la casilla 8 es para el reflejo de un rostro femenino que le otorga al protagonista el derecho a seguirla en el metro con la esperanza de que coincida con su propia ruta previamente establecida; en la casilla 9 hay dos galerías, la de la calle Güemes en Buenos Aires y la Galerie Vivienne en París, de cielo “de estucos y guirnaldas” bajo el que el protagonista se refugia y se enamora de Josiane, la prostituta; se trata de otro cielo diferente al de arriba, el cielo “alto y sin guirnaldas de la calle” bajo el que merodean Laurent el estrangulador, el “sudamericano” y “el amo”.

La casilla 10 corresponde al Cielo, la *Rayuela*, el *Avión* para los mexicanos, pintado con gis sobre el asfalto desde donde se puede observar el mar Egeo y la isla de Xiros en forma de tortuga. La búsqueda del “otro cielo” es una constante en la obra de Cortázar. Por eso la última casilla se convierte en la propia novela. Con una teja o guijarro el lector inicia el ritual de saltar y recorrer, con uno o dos pies, todas las casillas buscando a la Maga aunque en realidad a quien encontrará, para “escapar un poco de sí mismo”, será a madame Berthe Trépat. “Sólo viviendo absurdamente se podría romper alguna vez este absurdo infinito”, dice el autor. Esto le permitió también a Cortázar saltar del lado de acá al de allá, para que el niño travieso que llevaba dentro pudiera jugar con su imaginativa prosa hasta quedar completamente vacío “con una libertad enorme para soñar y andar por ahí”.



José Castro Leñero